

¡No te enteras, Camila!

—¡C amila, a mi despacho!  
El día menos pensado sufriré un infarto en esta redacción de mis dolores. R. A., cuando se pone nervioso, o sea a diario, pasa por tu espalda, te suelta una orden, sin aviso y sin que lo veas. Además, a voz en grito, como si estuviera a mil kilómetros. Si, como secuela, te da un «yuyo», pues te apañas, procuras que nadie se dé cuenta, o lo apuntas como accidente laboral sin derecho a indemnización ni protesta. Y, por supuesto, mejor que nadie note tu casi infarto.

Lo peor es que aparece de la nada, sin tiempo para prepararte. Y a la vista de todos.

—Vaya, Camilita, menudo bote.

—Manolo, guapo, vete a la porra —me salté la norma de ignorarlo; aún se me notaba el susto.

No debería ni molestarme en contestar. A veces me porto como una novata. Doce años en aquella redacción y aún podían desquiciarme. Especialmente Manolo.

—¡Necesitas un novio, chiquilla, o te pondrás de los nervios! A ver si apuntas bien, como la Carbonero, que se ha quedado con el mejor de todos los chicos del fútbol...

Cierto, el asunto de la periodista guapa, piernas largas, mirada enigmática y boca de cine, enrollada con Casillas, había dado para envidias, cotilleos, chufas y uñas mordidas desde que se destapó lo suyo en el Mundial. Una chica con suerte, o sería mejor decir que suerte la del portero que, al final, conquistó a la Bella de los medios de comunicación.

Ahora, todas las niñas soñaban con estudiar periodismo, entrar en el competitivo mundo del deporte y ligarse al portero libre de turno. Mejor un portero, se les veía mucho más tranquilitos que a los delanteros estrella.

Desde hacía unos años, las reporteras, reporterrillas y similares, nos habíamos puesto de moda.

Cierto, príncipe solo hay uno y ya había encontrado a su periodista; pero, porteros y jugadores estrella, bueno, de esos aún quedaban unos cuantos para repartir. Y todas, asistiendo a clase y al gimnasio, con el fin de estar bien situadas en la parrilla de salida. La laboral y la otra.

¡La competencia se estaba poniendo feroz!

—El día que tú logres ligar sin mostrar un pase para ver un partido del Real Madrid, ¡me caso! —le solté por no darle un buen coscorrón.

Manolo, además del feo oficial de la redacción, cotilla profesional y machista con ínfulas y malos chistes, contaba con la increíble capacidad añadida de sacarme de quicio. Al principio, intentando convertirme en «chica de los recados», *porque, vamos a ver, qué hace una tía en la cosa esta del fútbol*, proclamaba en cuanto tenía público; después jugando la baza de *las tías buscáis novio en el curro, que lo digo yo*; cuando R. A. me adjudicó la sección más leída de *El Trébol*, la táctica de Manolo fue ir minándome la moral a la menor oportunidad.

Una mujer de mi quinta, sin marido ni novio oficial, poco menos que solterona y frustrada.

¡Y la Carbonero marcando estilo! Desde su noviazgo, se colocaba un paraguas colgado a la espalda y lo convertía en «tendencia».

Ni se imaginaban que lo de buscarme novio, en breve, dejaría de ser su diversión particular... De momento me guardaba la baza en la manga y en secreto hasta comprobar que aquel noviazgo iba medianamente en serio.

Si eso fuera posible en estos tiempos.

¡Ni que hubiera llegado a la edad de sentirme fuera del mercado! Se iban a quedar con las ganas, porque había encontrado al hombre ideal de todos mis sueños, justo cuando ya ni lo buscaba, ni lo esperaba, ni creía en su existencia, al menos en esta galaxia. El tiempo diría si yo era la mujer de los suyos.

Como cabe esperar, de la profesión, ¿de dónde si no?, que vivimos en el mismo charco las veinticuatro horas del día. Pero, eso sí, nada de deportes, un periodista de investigación y con cierto prestigio, que incluso opinaba en debates de enjundia; un poco más alto que yo, bastante cachas y con un coeficiente intelectual más que aceptable. Lo único

malo eran sus chufas con mi columna y el desperdicio de mi talento en semejante nimiedad.

—Niña, ¿cómo no te largas de una vez de ese mundo de descerebrados?

—Ángel —se llama así, ¡lo juro!—, cielo, ¿dónde encuentro yo trabajo a estas alturas, y tal cómo están las cosas?

—Tú, en cualquier sitio.

—Además, eso es un tópico, Ángel, te juro que también hay gente con neuronas. —Pensaba en mi perdido Núñez.

—Vale. Incluso con unas piernas increíbles.

—¡Machista!

Todos pensando en la Carbonero en cuanto se unían los vocablos periodismo y fútbol. Incluso el hombre de mis sueños. ¿Tan iguales resultaban en lo peor?

—De todos modos, mi niña, tú vales mucho más. Te rifarían en cualquier medio.

—¡Vale! —Llegados a este punto, servidora dimitía de cualquier discusión

¡Me rifarían! Señor, qué ciego es el asunto ese del enamoramiento. ¡Ya me gustaría! Esta conver-

sación se repetía cena sí, cena también. Ángel, le cuadraba el nombre como un guante, estaba convencido de mi valía, pero el mercado no andaba boyante en lo tocante a puestos de trabajo, los recibos de la hipoteca llegaban puntuales, además con subida de infarto, y, por triste que fuera decirlo, con treinta y dos añitos estaba en total desventaja teniendo en cuenta las niñas dispuestas a hacer mi trabajo y tres más, por la mitad de sueldo, sin quejas ni reivindicaciones.

¡Y riéndole las gracias a Manolo!

El asunto de las maduras atractivas y triunfadoras, debía quedar restringido a otros mundos.

Además, yo no podía presumir de piernas, ojos o boca, al estilo Carbonero.

—El día que consigas crear una cooperativa de periodistas cabreados y con ganas de hacer periodismo, ¡me llamas Ángel!

De momento encontraba respuesta a sus quejas. Por suerte aún estábamos en esa fase de deslumbramiento capaz de zanjar cualquier discusión con una carcajada y una buena ración de besos.

¡La realidad no se solucionaba con besos! Y mucho menos en la redacción de *El Trébol Deportivo*, con el jefe llamando a capítulo, Manolo cachondeándose por lo bajines y mi cuerpo agotado por el último trasnoche con velas.

Realmente, me estaba haciendo mayor.

Arrastré mi cuerpo hasta el despacho de R. A. con pocas ganas de soportar una bronca, convencida de que me pediría alguna chorrada para la cual mis neuronas, tras haber encontrado al propio, personal y exclusivo Ángel, no se encontraban nada bien dispuestas.

—¿Has perdido el olfato profesional o estás enamorada?

A veces sospecho que mi jefe esconde una bola de brujo en el cajón de su mesa. ¿Sabría algo de mi historia amorosa? No es que lo escondiéramos, pero poner a prueba el delicado comienzo de una relación con las bromas de los crueles compañeros de profesión, resultaba de lo menos adecuado; si deseaba que saliera bien, claro.

—No entiendo.

—O sea, que dispones de una columna para el cotilleo del mundo del fútbol y —levantó el periódico del día— ni una línea para hablar del retiro de Juan de Mena...

—¡Coño, jefe, le dedicamos las páginas centrales, entrada en la primera!

—Y nos falta «el corazón», Camila.

—Oye, pase lo del cotilleo, pero si quieres algo rosa, mejor te vas a una de esas revistas para peluquerías. ¡Me estás desperdiciando!

El amor, o algo parecido, me habían adjudicado alas y valor de golpe. Por poco tiempo, porque cuando R. A. se puso a frotarse los ojos por debajo de las gafas, temí un despido fulminante.

—Vamos a ver —dijo con la calma de un general antes de fusilarte—, Juan de Mena, Juanito para el mundo del fútbol, es uno de esos tipos que morirán con las botas puestas, segundo entrenador de un equipo de galácticos no es algo de lo que alguien como él se largue sin más, bonita mía. —Malo, muy malo, aquel discurso—. El único de todos los técnicos sin una queja de un banquillo que, curiosamente, lo respeta; con la afición siempre recordando sus



buenos tiempos y mejor talante, sin un insulto en su haber. —Hizo una larga pausa para comprobar mi asimilación del problema—. Y el tipo anuncia de un día para otro que se larga y desaparece del mapa... ¿No te mosquea?

—No. —Estaba claro que debía haberme mosqueado, pero llevaba tres meses, desde la primera cita con Ángel, pisando nubes—. Es verdad —reflexioné un momento—, nunca tuvo problemas con el vestuario, cosa bien rara en ese equipo de nuestros dolores, ni con el entrenador, ni con los directivos.

Mi jefe iba bajando la cabeza con cada argumento en una silenciosa y peligrosa afirmación.

—¡Pues ahí lo tienes!

Me quedé paralizada y muda. Tal vez tuviera razón, y tal vez, meses atrás yo misma hubiera sido la que habría pedido investigar la huida de Juanito del fútbol, pero, la dulce historia con Ángel, el cansancio de años en la misma columna, y la puñetera fama de entrometida, me terminaron por convencer de que mi trabajo en *El Trébol Deportivo* no me llenaba; por lo tanto, ni siquiera lograba prestar atención a lo más evidente.

—¿Te pasa algo Camila?

—¿Como qué?

—Dímelo tú.

Mejor callar. Si le suelto a R. A. que el mundo del periodismo deportivo vale solo para descerebrados, no es que me despida, es que me asesina.

—Tienes veinticuatro horas para averiguar algo. —Levantó la mano cuando fui a protestar—. Y estoy siendo muy generoso. No abuses, ni te escudes en tu éxito con el caso de Pichi. Ya sabes que existe cola para sustituirte.

¡Asunto zanjado! Lo de Pichi y su secuestro, casi dos años atrás, es verdad que me dio algo de fama y me granjeó cierto prestigio profesional, pero aquí no se vive mucho tiempo de los viejos laureles. Incluso creo que todos esperaban una historia similar cada mes. ¡Como si una fuera una máquina de las noticias bomba!

Un futbolista retirado unos años atrás me confesó en una entrevista que el peor pecado, de largo, era padecer una jornada de gloria: a partir de ese momento, un día normal se convertía en un fracaso.

Tal vez lograr un novio portero tuviera efectos más largos. Aunque bien podía ser que a la pobre reportera le trajera más inconvenientes que glorias. O no, algunas chicas, además de guapas, son inteligentes y listas.

Veinticuatro horas. Para empezar, los planes de esa tarde, la cena con velas y todos mis sueños, ¡a la mierda! Me senté en mi mesa; llamaría a Ángel después, para evitar las antenas de Manolo y de los demás. Para calmar un conato de pánico, decidí ir al servicio y llamar por el móvil.

Antes de llegar, el ahora muy útil aparatito, comenzó a sonar.

—Sí —contesté sin mirar quién llamaba.

—Hola, cariño...

—Espera...

Me lancé a una carrera por el pasillo para poder hablar con cierta intimidad en los servicios. Comprobé que no había nadie antes de seguir hablando.

—Ya, dime.

—¿Qué haces? No me digas que te escondes para hablar conmigo.

—No te imaginas los buitres que me rodean.

—Así que somos clandestinos... Humm, suena bien...

—No seas pavo. ¿Qué querías? —Mejor esperar para contarle que no habría cena.

—¿Te importa que retrasemos la cena? —respiraré aliviada—. Verás, tengo un asunto urgente...

—Espero que interesante, por menos no se cancela una cena conmigo.

—Han desaparecido dos chicos de un albergue para inmigrantes, catorce y dieciséis años. Venían de Senegal y, por lo visto, se habla de rapto...

—¿Rapto? Pues ya me dirás a quién piden rescate.

—Puede haber más razones, cariño. Estos dos eran dos preciosidades, ya sabes, bombones en negro, dulces, con cierto aire de tragedia en la mirada y sin un euro, o sea, dispuestos a cualquier cosa por mandar dinero a casa...

—Te estás refiriendo a redes de prostitución infantil...

Por alguna extraña conexión cerebral pensé en todos los compañeros que, cumplidos los cincuenta,

buscaban ligues con la edad de sus hijas. Sentí una arcada.

—No sería tan raro. ¿Sabes? Me encantaría tenerte a mi lado en este reportaje.

—¡Y a mí! Si supieras lo que me acaban de encargar, llorarías.

—¿Tan cutre?

—Peor, pero ya te contaré... ¿Cuándo nos vemos? —Eso sí que era urgente.

—Te llamo yo. Quiero pasar por el albergue, ganarme la confianza de la asistente social, y, sobre todo, de alguno de sus compañeros. Eso puede llevarme tiempo.

—¿Te la vas a ligar? —No pude reprimir un conato de celos, me mordí el labio: nada más insufrible que una tía celosa.

—Seguro que es un cardo de señora, con bigote, solterona y un rollo.

Ángel soltó una carcajada. Me miré en el espejo del baño para convencerme de que yo estaba bastante buena; además, él no era uno de esos imbéciles capaces de perder el norte por cualquier trasero. ¡Tenía que madurar y ganarme alguna segu-

ridad! Pero me aterraba la idea de compararme con otras. El viejo complejo de las gallinas peleando por el gallo del corral, afloraba en el momento más inoportuno.

—Sea como sea, Camila, me gustas demasiado, por fuera y por dentro... ¡Te quiero!

—Yo también. Llama cuando puedas.

Colgué con una sonrisa de mema en la cara y el teléfono contra el pecho como si fuera un relicario. Aquello no era un «te amo», pero servía para empezar.

—¿Brad Pitt?

—¡Joder, Petra, a ver si avisas!

Traté de recomponerme, no es que Petra, una buena fotógrafa y compañera de fiar, saliera a contarlo a los cuatro vientos, pero tampoco me gustaba que me descubrieran con pinta de adolescente en fase de memez.

—Me pondré campanillas para entrar en los lavabos de señoras, ¿te vale?

—Perdona bonita, es que me acaba de pasar un buen marrón R. A. ¡Tengo veinticuatro horas para averiguar algo sobre la huida de Juanito!

—¡Humm! —Petra frunció el ceño.

—¿Sabes algo?

—No exactamente...

—Podías echarme una mano, te juro que estoy perdida.

—Creí que estabas más al loro.

—En los últimos tiempos, no.

Por suerte no preguntó nada. Petra llevaba un año en la redacción, había llegado con unas credenciales increíbles, incluso había sido reportera de guerra. Dijo que necesitaba algo liviano para soportar su profesión, que estaba de horrores hasta el mismo objetivo de la cámara. Sin embargo, mantenía ese halo propio de quienes se han dedicado al periodismo de primera línea, como Ángel. O sea: discreción, buen ojo para la noticia y un remoto aire de lejanía. No sé por qué, pensé que haría buena pareja con mi chico.

Moví la cabeza para despejarla de tonterías, de «pájaros negros» que diría mi santa madre.

—A veces, detrás de la cámara se ve más o mejor, ¿no? —pregunté por ver si ella conocía algún secreto.

—Sobre todo porque no te miran...

—¿Sabes algo? Cualquier cosa que me sirva para empezar.

—No exactamente. —Bajó los ojos—. Si mal no recuerdo, en las últimas fotos que le hice, ya sabes, el partido aquel contra el Bayern, parecía estar en otro lugar. —¡Ni puñetera idea!, pensé—. Yo empezaría por ir a ver a su mujer. Juanito lleva toda la vida casado con ella, y no creo que tenga secretos; este no es de los que andan buscando modelos para ligarse. Un tipo de los antiguos.

—¿La conoces?

—No, y no creo ni que existan fotos en el archivo de la buena mujer. Ella también es de las antiguas. Vamos que tienen divididas las funciones y el territorio.

—Me llevaría a Rafa, pero ahora está en clase... ¿Por qué no me acompañas? Así diríamos que queremos hacer un reportaje completo sobre Juanito... Ya sabes.

—Sí, buitrería.

—Recuerda dónde estás, y además voluntariamente, que si yo pudiera, me largaba.



—No me lo creo. Eres buena en lo tuyo.

—Bueno, ¿vienes? —Me sentó bien el piropo profesional, sobre todo viniendo de ella.

—Vale. No tengo nada hasta las cinco de la tarde.

—Hora torera.

Me encantaba la idea de que me acompañara.

—Camila, te han llegado flores.

El vozarrón de Manolo y las miradas de los pocos currantes a aquellas horas sobre mi persona me dejaron la cara más colorada que un tomate. Petra me miró y sonrió. No sé que fue peor.

—¿Quién? —pregunté como una boba.

—No hemos mirado la tarjeta, ¡no llegamos a tanto, guapa! —soltó Manolo con ganas de conocer al fulano de las flores, porque de una amiga no eran.

Eran rosas blancas, con una roja en el centro. Cogí la tarjeta y traté de ocultarla a todos los ojos curiosos.

*Te quiero. Perdona el plantón de hoy. Te compensaré, lo juro. Ángel.*

«¡Virgencita mía, déjame conservarlo!». Lo juro, no pude evitar pensarlo: esa era yo, una escéptica pensando lo mismito que cualquier heroína pringada de un culebrón. El enamoramiento es una gravísima enfermedad, porque incluso me estaba planteando meterme algún día en la cocina y aprender a freír un huevo.

—Trata de no perderlo, sea quien sea. En estos tiempos escasean los hombres que se atreven a sentir y demostrarlo. —Petra lo murmuraba en mi oído—. ¿Nos vamos?

—Las pongo en agua y nos largamos.

—¿No vas a decirnos quién...?

—¿Se puede saber de qué vais? —R. A. a zancadas por la redacción, cortó la indiscreción de Manolo de golpe—. ¡Coño, Camila! ¿Un novio?

—¿Sería tan raro? —Me entraron muchas ganas de desafiarlo.

—No, pero sí explicaría tu estado mental y tu falta de reflejos. ¿Ya te has puesto las pilas?

—Cargadas, jefe. De hecho salgo ahora mismo a cumplir con mi deber.

Di media vuelta antes de tropezar con otra bronca. Ni un puñetero jarro en la oficina, ni siquiera un vaso que no fuera de plástico... ¡Mis flores!

—Ven. —Petra me tomó del brazo—. Te las llevas a casa, y mientras, les envolvemos el tallo con papel húmedo. ¡Aguantarán!

Toda mi vida había echado en falta una hermana mayor. Ser hija única apenas tiene otra cosa que inconvenientes.

—Gracias, Petra.

Ya salíamos cuando recordé que Rafa, los lunes, solo tenía dos clases por la mañana y pasaba por la redacción a eso de la una. Ese chico se alimentaba de bocatas y pinchos. Decidí dejarle trabajo.

—Un momento Petra, dejo una nota en mi mesa para Rafa y ya, te lo juro, nos vamos.

En la agenda de la mesa, tamaño folio para soportar mi letra, anoté el recado para Rafa. Habíamos acordado que ese sería el lugar para dejarnos mensajes.

*Rafa: utiliza todas tus dotes de navegante y busca todo. TODO lo que encuentres publicado sobre Juan de*

*Mena, Juanito. Desde el comienzo de los tiempos. Si no vuelvo por la tarde, te llamo a la redacción.*

Aquel pupilo le había tomado gusto al oficio y respondía incluso más de lo que le correspondía por la ruina de salario en plan beca de aprendizaje, que le pagaba el roñoso diario.

Pusi y Campanitas estaban más felices que un par de perdices con la nueva vida de su retoño. Bueno, teniendo en cuenta que lo daban casi por perdido, el chico había mejorado lo suyo. Aunque no fuera mérito mío.

Tal y como había prometido, aprobó el curso, algo que me preocupaba porque si Rafa aprobaba primero de bachiller, ¡qué saldría de nuestros institutos! Lo más duro era ir corrigiéndole los acentos al hablar y las faltas, garrafales, al escribir. Amén de ir aumentando su vocabulario, a ser posible con más vocablos de los utilizados en aquella redacción, donde solo R. A., Núñez, ahora jubilado para mi desgracia, y alguno más, se salían de la media, o sea, contaban con más de veinte vocablos para comunicarse.

Me sorprendía la adicción de aquel adolescente desgarbado y cínico por la redacción; se pasaba más tiempo en ella que en su casa, en la calle y el instituto juntos. Iba a resultar hereditario el vicio de su padre por el periodismo. Me imaginaba cuánto hinchaba pecho mi querido Campanitas por su barrio con «el niño» trabajando en un periódico deportivo.

*A las directas órdenes de doña Camila. ¡Casi na!*

Para los de su barrio, una servidora siempre fue doña Camila en labios del boxeador noqueado.

En el fondo, me negaba a reconocer que Rafa tenía madera para el oficio, que, además, parecía haber encontrado el lugar donde quería estar y eso, para alguien de su edad, termina por ser el mejor combustible para ser capaz de cualquier cosa, incluido estudiar.

Lo único que no alcanzaba a entender era la total ausencia de chicas en su vida, cada vez que intentaba sonsacarle algo sobre su vida sentimental, se encogía de hombros, soltaba algo parecido a un suspiro y trataba de cambiar el tercio de la conversación. Tal vez esperaba en los demás mi misma obsesión por vivir a dúo.